MEMORIA HISTÓRICA, IDENTIDAD, ORALIDAD: EL PAPEL DE LAS MUJERES EN LA CONSTRUCCIÓN DE LOS SISTEMAS DE REPRESENTACIONES Y DEL IMAGINARIO INMIGRANTE.

HISTORICAL MEMORY, IDENTITY, ORALITY: WOMEN'S ROLE IN BUILDING UP REPRESENTATION SYSTEMS AND INMIGRANT IMAGE.

Dedier Norberto Marquiegui
Investigador de Carrera del CONICET
UNLu

Resumen

El artículo se propone, a través del análisis del caso de los ítalo-albaneses que durante un lapso de más de setenta años llegaron a la ciudad de Luján (Buenos Aires, Argentina), recuperar el papel, sin dudas central, que las mujeres tuvieron en la construcción de los sistemas de representaciones y de las imágenes que los inmigrantes sobre sí se formulan, así como en la reconstitución de las redes sociales y los contactos diarios, que son los que estaban en la base de los procesos de preservación de la identidad. Estos procesos, por lo menos en principio, fueron el elemento característico de los comportamientos de las colectividades extranjeras en su integración a la sociedad argentina. En ese sentido se señala como fundamental el giro producido en los estudios sobre los inmigrantes al pasar de los análisis generales, que hacían énfasis en las migraciones laborales, la acción del mercado y el automatismo del cambio, a las aproximaciones actuales que ponen a la racionalidad de los actores, las estrategias familiares de sobrevivencia y a la vida cotidiana en el centro de la escena, restituyéndole a las mujeres su condición de actores, y de actores principales, que antes se les negaba.

Palabras claves: estrategias familiares- mujeres- redes sociales- identidad.

Abtract

This papers is founded on the analysis of the Italian-albanese people people who arrived at Luján city during of period of more than seventy years. Our aim is to value the undoutedly central role of all those women took part in the building of representation systems and seldf-image immigrants wished to convey. Women´s position in the restructure of society and social networks is also worth considering. These elements were basics in the proces of identity preservation, at least at the beginniing, and the key features of the behavior of foreingers community who became part of the Argentine Society. In that sense, we can see a great chance in the

migratios studies, wich throught a general analisys used to the focused on the labouring migrations, the market influence and automatism change. On the other hand, the emphasis now lays on the rational aspect of the doers, the family strategies for survival and daily life, wich in thurn, give women back their doers role as actresses or main character`s role, denid to them for so long.
Keys words: family strategies- womens- social networs- identity.

Del escenario de los pobres del mundo, de la imagen de individuos desesperados, de "masas inertes arrastradas por las fluctuaciones del capitalismo"[1] a la acción de seres racionales, que persiguen objetivos y movilizan recursos para ello, según estrategias familiares de sobrevivencia o de movilidad social ascendente. Recursos los que, si a menudo relacionales, los proveen no sólo de la información si no también de la asistencia como para poder, correctamente, decidir quiénes emigraban, a qué lugar, con qué proyecto de emigración, cómo se insertarían en el mundo del trabajo una vez llegados a destino y con quiénes se habrían de relacionar socialmente. Eso sí, naturalmente, se entiende, siempre dentro de los márgenes de los imponderables a los que se encuentran sometidas las personas involucradas en esta clase de movimientos[2] De la percepción de las migraciones como una aberración, que contrariaba la lógica misma del desarrollo humano, desde su posición de indeseado hijo de *la «modernidad»*, o de los efectos de un *«mercado»*, el que, no muy a su pesar creemos, las necesitaba igual y aún hoy las necesita- como elemento necesario de contención y reequilibrio, que asegure la continuidad del sistema. Desde aquella pertinaz idea, todavía vigente desde la década del sesenta, de las grandes migraciones espontáneas, unilaterales y definitivas, de país a país, dominadas por el efecto de repulsión-atracción y que convertía a los inmigrantes en seres carentes de voluntad, víctimas en el mejor de los casos de un designio al que no querían o no podían escapar. De las migraciones exclusivamente de los hombres, con altos índices de masculinidad, y que así han perdurado por lo demás en la memoria de la gente, por aquello de que se trataba de flujos laborales y el mundo del trabajo era un ámbito negado a la mujer. Cuyo seguro desenlace, por lo demás, no podía ser otro que el de su asimilación, por los casamientos cruzados que eran el obvio fruto de esa potencial «sobreoferta» de varones. Del análisis indiferenciado de los «inmigrantes», así, en general, como un todo homogéneo sin distingos, y con la partícula *«in»* como prefijo lo cual delata claramente el prisma particular desde el cual eran observados, como un sujeto transitorio llamado a disolverse y sobre el que por lo tanto no valía demasiado la pena detenerse, reincidiendo otra vez en el ya crónico error, tan propio de los historiadores, del anacronismo, de poner el corolario de los hechos en lo que en realidad era su comienzo, y sin preguntarse siquiera cuáles fueron los caminos que hubo que recorrer para llegar a ese final, cuando se sabe en realidad que no es lo mismo llegar por uno que por otro . Desde esa historia y esas sociedades abstractas, todas hechas de fuerzas impersonales, de personajes que operaban en posesión de criterios de racionalidad y de una información absolutas, a las que se accedía libremente

además, sin interferencias y sin la mediación de nadie. Desde ese perdurable conjunto de hipótesis, que todavía hoy domina el imaginario desde el que es pensado el problema, hasta los trabajos actuales los que si, preferentemente microhistóricos, restituyeron el protagonismo de los inmigrantes como seres pensantes y capaces de formular sus propias estrategias en contextos de cambio macroestructural; los estudios migratorios han recorrido un largo camino. Camino que trajo consigo la valorización del papel que mecanismos de redes sociales, muchas veces centrados en el origen, jugaron a lo largo de todo el proceso, permitiendo a los extranjeros, entendidos ahora como personas, manejarse a partir de una serie de opciones, limitadas es cierto, pero que nunca dejaron de controlar; poniendo de manifiesto también la pluralidad de formas de inserción con las que se integraban a cada país, para nada ajenas por supuesto a la enorme diversidad de las tradiciones, sociales y culturales, a las que ellos mismos pertenecían, y que tuvo el efecto adicional de permitir el reingreso de todos, de hombres y mujeres, que recuperaron, ahora sí, el protagonismo sobre sus propias vidas.

Lógicamente, se trató de una evolución no lineal, que atravesó etapas de hesitaciones y de dudas, superando duros cuestionamientos sobre su pertinencia, sobre sus alcances o las orientaciones teóricas que muchos creyeron adivinar se encontraban detrás de los postulados que se manejaron a través de las aproximaciones primeras[3] Las constataciones, sin embargo, mal que pese, lo fueron sobre todo empíricas, y en particular, en nuestro país, después de la reinstalación de la democracia, superadas las rémoras del autoritarismo y de la represión de la dictadura. Porque lo que se comprobó, por ejemplo, es que los inmigrantes no llegaban para quedarse, como se creía, sino que lo hacían con el claro designio de volver[4] lo que no excluye por supuesto que hubiera proyectos de emigración definitiva. Que en lugar de emigrar de país a país, lo hicieron más bien de ciertas y muy delimitadas zonas de los lugares de partida, y aún desde precisos puntos o aldeas dentro de regiones ambiguas, hacia otros y muy específicos lugares en el país de destino fijando especies de itinerarios colectivos, los que respondían a estrategias familiares y grupales de emigración, perfectamente controlables por lo demás desde la documentación de origen[5] Pero que podían ser detectadas también en el otro extremo del océano a través de indicadores los que, detrás de su aparente simpleza, lo que en rigor venían a revelar era la complejidad de una relación, que ahora se sabe circular y múltiple y mucho menos lineal de lo que imagen tradicional sugiere.

Claro que las consecuencias de la progresiva pérdida de centralidad del enfoque estructural-funcionalista, que había dominado los comienzos de los estudios sobre la inmigración en el país a principios de la década del sesenta[6], y su remplazo por otro relacional, manifiesto por ejemplo en el auge de la noción de cadenas migratorias[7] aunque no sólo en él si no también en su desplazamiento posterior por el más abarcativo concepto de redes sociales[8] de los que las primeras en realidad no eran más que una variante, no se detuvieron allí, ni mucho menos. Los inmigrantes, una vez que llegaban a la Argentina como parte de mecanismos de redes sociales, no se insertaban libremente en el mundo laboral sino que accedían a

él por sus vínculos, configurando nichos ocupacionales[9] y/o empresariales[10] aunque desde luego dentro de los márgenes esperables de diversidad, lo que vino a replantear el tema del funcionamiento del mercado de trabajo. Cuando los extranjeros llegaban aquí, por otra parte, muchas veces eran alojados por amigos y parientes, conformando en no pocas oportunidades áreas de concentración (¡Dios nos libre de utilizar esa tan cuestionada noción de «barrios étnicos»!)[11], lo que los ubicaba dentro de una cierta malla de contención que les evitaba buena parte de los efectos traumáticos del desarraigo. Por eso lo que trataron de hacer, razonablemente, es de reproducir lo que conocían, sus formas de sociabilidad y la cultura del medio de origen, hasta donde se pueda se entiende, pues nada podía evitar el hecho de que, quisieran o no, estaban viviendo en otro lugar e interaccionando con otra gente. Lo que nos lleva a la conclusión de lo que se trataba más bien era de un intento de *«invención»*[12] o de *«reinvención»* si se quiere, cuyo significado y eficacia variaba según los casos pudiendo terminar en su asimilación lo mismo que en nuevas formas de autopercepción o de resistencia que no se resuelven desde luego por la mera disolución de las redes .Porque la identidad es algo bastante más complejo que la simple adscripción a un conjunto de símbolos o un entramado de vínculos, sin el cual no tiene existencia. Es la resultante de un proceso, que se pone en juego en cada lugar y todos los días, y en que intervienen infinidad de factores, entre los que por caso se cuenta la emergencia de formas de liderazgo que surgen de situaciones de preponderancia, económica, social y cultural, nacidas del devenir mismo de las cosas[13] Pero que no sólo operan como reaseguro, como alguna vez se creyó, de las formas de reciprocidad y de asistencia implicadas en el funcionamiento de las cadenas, sino que intervienen también en la estructu-ración de todo un sistema de jerarquías, devenido no pocas veces en concretas formas de explotación, a través por ejemplo de la utilización de los recién llegados como mano de obra barata, pero que asimismo sirvió a los líderes para cimentar una posición que les permitiría influir en las asociaciones extranjeras tanto como en la vida económico-social, cultural y hasta política de los lugares en que se asentaban, mediante la instrumentación de redes clientelares que podían ser utilizadas para diversos fines[14].

La vida de los inmigrantes entonces, era muy distinta de aquella que, alguna vez, nos habíamos representado a través de la imagen, la metáfora y la teoría del «crisol de razas». Después de todo, pensándolo bien, por lo menos para la primera generación de inmigrantes, es lógico que, residiendo en el mismo lugar, ejerciendo las mismas profesiones y frecuentando los mismos clubes y centros de sociabilidad, no podía esperarse que los inmigrantes contrajeran matrimonio al azar. Muy por el contrario, y la evidencia reunida parece al respecto concluyente, los extranjeros, siempre que pudieron se casaban con personas de su propia identidad, ya sea con compatriotas, individuos de su propia región, y en lo posible convecinos, tendencia que fue más marcada entre las mujeres, por el índice de masculinidad; aunque las últimas investigaciones han remarcado el papel de la familia y de las migraciones familiares en la concertación de los enlaces, y en cuyo marco los matrimonios endogámicos devienen el resultado de alianzas, que en

algunos casos prolongan lazos establecidos incluso antes de partir, convirtiéndose en el fundamento último de las conductas y los comportamientos[15]. Lo que quedaba claro al final es que, detrás del papel «modernizador» que se les atribuyó, y al cual igual en buena medida cumplieron, y de las mitologías del ascenso social indefinido, que ocultaban las miserias y el oprobioso destino que a no pocos de los que llegaron aquí les tocó en suerte, los inmigrantes trataron de resistir, reteniendo sus formas de identidad, aunque esto le resulte incomprensible a una macroeconomía simplista, a una sociología y a una teoría politológica, demasiado ansiosas quizás por encontrar los elementos de una homogeneidad, que no se sabe muy bien porqué equiparan con igualdad, allí adonde a veces no se encuentra, o asimilan democracia y mercado, cuando nuestra realidad cotidiana se encarga todos los días de desmentirlo. Ninguna teoría, ningún modelo, será posible de ahora en más, después de comprobaciones como las realizadas, de evidente mayor eficacia descriptiva y explicativa, sin considerar el punto de los actores, entre los que las mujeres ocupaban un rol sin dudas central, para la cabal comprensión de esas conductas, pese a lo cual, hasta el momento no son muchos los estudios, incluso entre los modernos estudios de las migraciones, que se han preocupado por ellas. El retorno de las personas, de todas maneras nos parece, como pretendemos demostrar a través del abordaje del caso de los ítalo-albaneses de Luján, con especial énfasis en el recurso a la oralidad y a las entrevistas con los inmigrantes, es un modo de devolverlas a la historia. En un recurso que, sin embargo, igual, creemos, no tendría porqué ser vivenciado, como de hecho a veces sucede, como la manifestación del triunfo de una perspectiva «interna» que se vino a sobreponer sobre aquella otra «externa» que la precedía sino, más bien, como la concreta posibilidad de restituirle a las migraciones su historicidad, toda su verdadera dimensión como proceso, de modo de conciliar ese enorme bagaje de nuevos conocimientos con el irrenunciable afán de los historiadores por construir modelos de interpretación generalizables a otros casos. Pero que ofrece el resquicio además desde el cual comenzar a observar el papel, hasta ahora invisible, de esas mujeres sin las cuales, en realidad, poco podría explicarse, y que podría llevar a resignificar parcelas enteras de una realidad pudiendo encontrarse en su inclusión el verdadero motivo y sostén de muchas de las conductas recientemente descubiertas como novedosas.

Un lugar donde vivir

Corrían los últimos años de la década de 1880 cuando, según los datos que hemos podido recoger, hicieron su aparición en Luján los primeros grupos de ítalo-albaneses, lo cual lógicamente no inhibe la posibilidad de que aisladamente los hubiera antes, pues hemos podido detectar apellidos de ese origen incluso en las planillas censales de 1869, aunque nunca en la cantidad por supuesto que empezaría a llegar a fines de siglo[17]. La mayoría de esos primeros inmigrantes, en realidad, eran originarios de San Demetrio Corone pero pronto comenzaron a llegar también de sus vecinas Santa Sofía d'Epiro, Macchia, Vaccarizzo y San Cosmo Albanese, aldeas todas ubicadas en el corazón de las estribaciones montañosassituadas al este

de Cosenza, en la región de Calabria, arrinconadas contra la costa del mar Jonio y las montañas, y que podrían ser encerradas dentro de un círculo de un radio de diez kilómetros de extensión, en concordancia con el ámbito de interacción fijado por Sturino para el procesamiento de los contactos personales que están en la base de los mecanismos de cadena[18]. El arribo de la inmigración ítalo-albanesa modificó profundamente las orientaciones generales de la por entonces mayoritaria corriente italiana que si hasta ese momento había estado dominada por los inmigrantes del norte, sobre todo por genoveses, vénetos y piamonteses, comenzaría a ceder su lugar a las migraciones del sur, lo cual en Luján es lo mismo que decir a la corriente calabresa, o lo que es igual a la ítalo-albanesa, pues los ítalo-albaneses llegaron a representar, para un período que vaya desde los orígenes de ese flujo hasta 1920, la casi totalidad de la emigración de la región a la vez poco menos de la mitad de los migrantes del «mezzogiorno». Todo lo cual no hace sino demostrar, en definitiva, la naturaleza fuertemente distorsiva de la habitual costumbre de utilizar definiciones de carácter *«nacional»*, como la habitual tendencia a hablar de una "*emigración italiana*" y, por las mismas razones también, de hablar como si esas «causas» globales no impactaran de diferente manera, según la región que estemos considerando, impulsando, naturalmente, diferentes salidas a esos problemas. No tiene sentido, entonces, hablar de una emigración italiana en general, ni de una de la "Italia del sur", consideradas como bloque. Porque los ítalo-albaneses, además, son social, cultural y lingüísticamente albaneses, descendiente de las migraciones de ese origen que se venían produciendo a las costas del mar Jonio y del Adriático por lo menos desde el siglo XV, adoptando formas de organización traídas de sus lejanas tierras.

Cuando ellos comenzaron a llegar aquí, Luján vivía los últimos ramalazos de lo que había sido la gran transformación inducida por el *«boom»* del ovino, y que impacto no sólo al campo sino también en la ciudad, promoviendo el desarrollo de la antigua Villa, que aceleradamente creció de los 3393 habitantes con que contaba en 1869, a 5236 personas en 1895 y a poco menos de 10000 en 1914[19]. Buena parte de ese dinamismo, no obstante, había tocado a su fin con la crisis de 1890, cuando los ítalo-albaneses comenzaron a arribar en mayor número, contrariando la lógica del capitalismo, por lo que quedaba la duda de en qué sectores se iban a insertar y máxime cuando aquellos trabajos que ofrecían mayores y más rápidas posibilidades de ascenso, como el comercio mayorista, prácticamente monopolizado por los españoles, parecían estar cerrados restringiendo las oportunidades de progreso. Los sectores más dinámicos de la naciente industria y el comercio estaban bajo el control de una serie de grupos inmigrantes de temprana radicación que, partiendo de su privilegiada posición económica, habían asumido el liderazgo también de las colectividades italiana, francesa y española. En el campo, a la inversa, había arraigado una precoz inmigración irlandesa, origen y fundamento de una incipiente burguesía rural, pero que pronto fue cediendo espacios ante el empuje especialmente de los italianos. Cierto, también, que una estructura de propiedad desde tiempos coloniales muy fragmentada, y una tierra que constantemente se apreciaba como consecuencia del paso del ferrocarril y la

especulación inmobiliaria, no parecían ser la coyuntura más favorable para quienes querían acceder a ella pero contaban con pocos recursos, como los ítalo-albaneses. Por otra parte, no sólo la economía había sentido los efectos de las migraciones y el desarrollo de la urbanización, sino que la sociedad misma de Luján había ganado en complejidad. El tono predominantemente rural de la Villa de la primera mitad del siglo XIX había quedado atrás. Las instituciones de las comunidades extranjeras, la Società Italiana di Mutuo Soccorso, la Príncipe de Napoli, la Figli del Lavoro, la Asociación Española, el Centro Soriano y la Sociedad Francesa, se convirtieron en los reductos privilegiados de esa sociabilidad local, renovada y cosmopolita, que se manifestaba cotidianamente, aunque principalmente en las fiestas, en las romerías españolas y las kermesses italianas, al punto de convertirse en el sello distintivo de una Luján que no dudó en reconocer la contribución de los inmigrantes cuando, en 1910, en el marco de las celebraciones del Centenario, el Concejo Deliberante rebautizó con el nombre de Italia, Francia y España a tres de las principales calles de la ciudad[20].

Claro que no todo era aceptación. En 1886 la prensa local que, de acuerdo con el dogma de los mentores de la nacionalidad propiciaba la activa participación de los extranjeros en las elecciones municipales, no tuvo reparos en levantar su voz cuando el Consejo Escolar quedó en manos de representantes de las colectividades, diciendo que de ese modo conculcaban derechos que sólo les correspondían a los ciudadanos argentinos[21]. Y no faltaron tampoco las quejas contra las escuelas italianas cuya acción se juzgaba disolvente, porque, al trasmitir un idioma y costumbres ajenas, se consideraba, impedían la asimilación de los extranjeros impulsando su segregación respecto a la sociedad que los había recibido.[22]

Ante esa actitud dual la pregunta pendiente, en todo caso, es de qué modo se procesó la integración de los ítalo-albaneses. En lo económico, como ya hemos dicho, el paulatino cierre de las oportunidades de rápido ascenso parecía presagiar un futuro más negro de lo que sus propios contemporáneos estaban dispuestos a admitir. Aunque tampoco conviene exagerar la nota pues, si bien es cierto, por un lado, algunas sendas de progreso parecían cerrarse, por el otro, la curva ascendente de las actividades agropecuarias requería de cantidades crecientes de mano de obra no sólo para las tareas permanentes del campo sino también para cubrir las demandas adicionales producidas por los picos estacionales de la siembra y la cosecha. No extrañará entonces, en ese contexto, si decimos que uno de los rasgos salientes del mercado de trabajo de la época sería la configuración de una oferta flexible, que ocupaba a gran parte de la población, y respondía no sólo a las características fluctuantes de la demanda sino también a prácticas de movilidad arraigadas en las costumbres y en las tradiciones de los inmigrantes que eran su principal componente. Sería precisamente este sector el que, según nuestras fuentes, ocupará como jornaleros a la mayor parte de los ítalo-albaneses, en una proporción variable que oscila entre el setenta y setenta y cinco por ciento de los inmigrantes que pudimos detectar, cifra que no deja de sorprender y máxime si tenemos en cuenta de que se trata de uno de los oficios de menor valoración social y más bajos ingresos, eso por lo menos desde una óptica tradicional, que supone que

los migrantes vienen para quedarse focalizando aquí sus aspiraciones de progreso. Un somero análisis, sin embargo, de los patrones de movilidad ocupacional observados entre los ítalo-albaneses, al momento de su casamiento y al nacimiento de sus primeros hijos, revela índices muy bajos de movilidad. Observación que se complementa después, mediante la compulsa de los testimonios orales, por la constatación de que, en realidad, casi nunca venían para quedarse sino que lo hacían con el definido objeto de aprovechar el diferencial de salarios, en el marco de estrategias familiares de sobrevivencia que obraban en continuidad de las que practicaban dentro mismo de Italia, y que ponen a la mujer en su condición de principal protagonista de esos desarrollos. En primer lugar, porque la decisión de marcharse era siempre grupal, no sólo del varón, y en ella las mujeres tienen un papel central pues debemos considerar que quedarían no sólo a cargo de la casa y de los hijos sino también, en ausencia del marido, de la marcha de las pequeñas explotaciones familiares en las que utilizaban a diario su fuerza de trabajo, y la de su progenie, pero debían también coordinar las redes parentales que las asistían en los picos estacionales a la espera de recibir, cuando lo necesitaran, similares gestos de reciprocidad. Otra sorpresa, al respecto, que nuestro estudio nos depara, como se habrá notado, es que las personas que emigraron en este caso eran casi siempre propietarias, descartando la difundida presunción de que se trataba de los sectores más pobres y pauperizados de las sociedades de partida. Siendo las mujeres receptoras además, en no pocas ocasiones, de las remesas de dinero que sus maridos les giraban hasta poder regresar.

La cuestión adquiere nuevos visos, además, si tenemos en cuenta que la misma red que operaba en el origen es la que actúa también en el destino. La emigración así, contra la imagen romántica de los relatos tradicionales, casi nunca es un salto al vacío: los inmigrantes ítalo-albaneses eran empleados en grupo para la cosecha y el trabajo era siempre concertado a través de familiares previamente establecidos. Mediación tanto más necesaria si consideramos que los inmigrantes a su arribo no se manejaban en otra lengua que no fuera el arbëresh, una de las tres variante del albanés, y que solo unos pocos hablaban italiano ni decir el castellano-lo que torna más absoluta su dependencia respecto a parientes y «paesanos» que los antecedieron[23]. En conclusión, todas las evidencias parecerían demostrar que la homogeneidad de comportamientos laborales de los ítalo-albaneses derivan más de los objetivos definidos por las estrategias familiares y las orientaciones de las redes antes que de los efectos de un supuesto *« derrame»* ocasionado por el crecimiento de la economía, que es condición necesaria pero no bastante de explicación, ni de la coerción ejercida por las características de un *«mercado»*, cerrado en esta época, pero que no impidió que los que quisieron establecerse progresaran rápidamente, guiando su reconversión a obreros o a pequeños comerciantes, cuando el modelo agro exportador dio síntomas de agotamiento.

Eso no significa, no obstante, que neguemos la existencia de causas o condiciones que los llevaron a partir pues, si nos es obligados, no tendría sentido dejar el lugar en el que formaron y querían ver realizadas sus vidas. La mayoría de los entrevistados refiere a causas de fuerza mayor, por lo general relacionadas con

la pobreza y la falta de oportunidades para el ascenso, sobre todo después de las guerras, aunque muy pocos son los que parecen haber concebido al retorno como un aspecto residual de sus proyectos de vida o, como se lo ve desde nuestra posición, como un sinónimo de fracaso. Si se quedaron fue, sencillamente porque, por diversas circunstancias, fueron aplazando el regreso hasta convertirlo en un sueño al que, sin embargo, ya ancianos, aún hoy muchos se resisten a dar por clausurado (aunque es obvio con diferentes connotaciones). Una ejemplificación de ese deseo, expresada también en la resistencia de los inmigrantes a dejar su idioma, que invariablemente hablan dentro de los muros de sus casas, sus costumbres y sus hábitos de vida, es la periódica realización de viajes temporales al *«paese»,* de los que las mujeres son habitualmente protagonistas, lo que les permite, además de recrear la trama de la red, encontrar una nueva expresión simbólica que les haga posible aunque más no sea provisoriamente alcanzar los que fueron al principio sus objetivos, por lo menos a través de estas bellamente denominadas manifestaciones del *«retorno imposible»,* que es un modo también de no admitir que esos propósitos han sido resignados. Los inmigrantes se ubican así, en una especie de espacio intermedio brillantemente definido por uno de ellos cuando interrogado sobre este problema dijo: "Yo no vivo en Luján, vivo en el Quinto" (el barrio donde se concentraron los ítalo-albaneses)- pero que es demostrativo a la vez de la enorme carga de lo que, no sólo en el plano simbólico, significa esa asunción y la que supone también la decisión de residir en otro lugar para siempre, y en la que las mujeres, otra vez, tuvieron mucho que ver.

Mujeres en viaje

Si eran las estrategias familiares las que explicaban el elevadísimo grado de concentración profesional de los ítalo-albaneses; la influencia de las redes, por otra parte, lejos de limitarse al trabajo, también se hacía sentir en otros aspectos de la vida de los inmigrantes como en el de sus patrones residenciales. En efecto, los ítalo-albaneses de Luján, como ya explicáramos en otros trabajos, se constituyeron en el fundamento mismo del surgimiento del barrio Santa Elena, ubicado en la orilla opuesta del río Luján, frente a la ciudad, a la que sólo lo unía un precario puente de madera que era muchas veces entrevisto, particularmente en el imaginario de los jóvenes, más como un límite, una barrera infranqueable, que como un símbolo de unidad. El vecindario, que adquirió todas las connotaciones de un barrio étnico, albergó entre 1905 y 1920 al 61 por ciento de los inmigrantes ítalo-albaneses de los que tenemos noticias en esa época. ¿Por qué se establecieron en Santa Elena y no en el campo, en donde en definitiva trabajaban, o en la ciudad, que brindaba mayores posibilidades de ascenso?. No es difícil inferirlo, aunque las mencionadas eran las opciones predominantes entre los extranjeros de todos los grupos, antes de que se iniciara el siglo XX. Pero cuando se abrió el loteo de las tierras ubicadas al otro lado del río, el aluvión fue incontenible y los ítalo-albaneses se convirtieron en el basamento de la apertura a la urbanización de una zona, que luego sería incorporada a la ciudad, sobre todo después de la década del treinta, pero que aún hoy conserva

sus signos de identidad (su club de fútbol, su parroquia) y de una marginalidad que se revela en la presencia de las instalaciones del cementerio y del viejo matadero. En ese desenlace, seguramente, mucho tuvieron que ver factores, como el escaso valor de unas tierras que, bajas y anegadizas, estaban sometidas a las periódicas inundaciones del río Luján. Aunque también debiera considerarse, de manera prioritaria, el peso de las redes y prácticas de sociabilidad propias de los inmigrantes porque, una vez llegados al país, fueron atraídos al barrio por sus familiares residentes allí quienes, además de asistirlos en la búsqueda de trabajo, les dieron su primer alojamiento. De modo que no es raro que, una vez ubicados en ese lugar, entre sus «compaesanos», personas que hablaban su mismo idioma, tenían sus mismas costumbres y formas de vida, se sintieran en casa y, de a poco, casi sin percibirlo, es probable, comenzaran a optar por quedarse. La decisión, sin embargo otra vez, implicaba la vida de muchos, empezando por la de sus propias mujeres y de los hijos, por lo que debió ser consensuada hacia el interior del grupo familiar antes de tomar una decisión definitiva. En ese sentido, la llegada de la mujer era casi siempre precedida por la compra del lote en el barrio, con su anuencia por supuesto en tanto que implicaba la afectación de recursos en principio destinados a otros objetivos que hacían a su subsistencia, y la construcción de la vivienda que devenía en una labor comunitaria que, lo mismo que la cosecha o las labores relacionadas con el ciclo agrícola en el «paese», involucraba a todos los miembros de la comunidad, bajo el supuesto de la reciprocidad, y se cerraba con una fiesta, donde corría abundante vino y se degustaba, a la usanza tradicional, el típico *sufrito,* hecho con las vísceras de cerdo. Por eso un factor locacional muy importante para la compra del lote por los inmigrantes, antes que los habituales determinantes relacionados como su ubicación, costo y accesibilidad al trabajo, dependía muchas veces más de su cercanía respecto a otros parientes y *paesanos* como un medio para poder apelar a su ayuda, debiendo considerar, asimismo, que la llamada *«Quinta de Constantini»,* uno de los lugares que más frecuentemente reclutaban su personal entre los ítalo-albaneses, se ubicaba en los bordes mismos del barrio dentro del cual, por entonces, se comenzaban a dibujar áreas de concentración, a la manera de las *gjitonias* albanesas, impulsando el surgimiento de calles, como la Santa Sofía, que desde su nombre delataban la identidad de sus habitantes.

El traslado de la mujer y de los hijos, por otra parte, era toda una historia que implicaba la movilización de otros miembros masculinos de la familia, por lo general un hermano del esposo o de la esposa, en ocasiones un tío, que realizaban viajes temporarios con el fin de acompañarlas para, una vez aquí, decidir su propia situación, después de una breve experiencia, pero también en conformidad con planes familiares, por lo que los índices de retorno solían ser muy altos, aunque siempre igual quedaba un remanente nada escaso de hombres solteros, que habría que ver cómo se insertaban ahora en la trama social de recepción. Las decisiones, de todas maneras, nunca serán exclusivamente personales, como pudimos observar por medio de lo que podríamos llamar el precario esbozo de un trabajo de campo que ensayamos durante nuestra estadía en el espacio social de origen, en Calabria, en donde pudimos constatar, además de la súbita fama de que allí goza el nombre de

«Luján», ni siquiera revalidable en otros ámbitos (como los eclesiásticos) en donde uno supone podría significar algo más aunque pocos lo conocen, el singular modo en que se imbrican razones personales y grupales, y cómo las familias controlan siempre además, a través de lazos fuertes y débiles, la información de varios «mercados», no sólo de la Argentina sino también de puntos específicos de Estados Unidos, Canadá, Suiza, Francia y Alemania, lo que les permite en cada ocasión decidir el mejor destino para sus miembros. Pero que, a través de los remanentes que van quedando en cada lugar, hacen que el «paese» sea víctima de un proceso de envejecimiento el que, si bien visible en toda Italia, hace previsible el desplazamiento, por lo menos ocasional, de los principales centros de gravedad de la red, su relocalización o su fragmentación a futuro, lo que haría de ella lógicamente otra cosa; aunque en el caso de Luján siga funcionando, con mayor o menor dinamismo no viene al caso, y con otros objetivos distintos, naturalmente, recorriendo el arco temporal de más de un siglo, lo que da idea de su perdurablidad «a largo plazo» y de su potencial de reactivación según las necesidades de su gente.
La financiación del viaje de la mujer, volviendo al tema, corría por cuenta del marido, que enviaba dinero o boletos prepagos, o era respaldado mediante el envío de remesas o por el entorno familiar, en no pocos casos, a cambio de contraprestaciones futuras. Toda esa malla de contención, sin embargo, a veces no era suficiente y no pocas mujeres se lanzaban solas con sus hijos a la aventura. Lógico que, de no mediar circunstancias imprevistas, aquí la esperaba un familiar en el puerto, aunque no son pocas las historias de desencuentros, de alojamientos transitorios en el Hotel de los Inmigrantes y hasta de amenazas de traslados por parte de imperturbables funcionarios, acicateados por la incomunicabilidad de los idiomas, que solo la perseverancia de las mujeres, y la ayuda circunstancial de algún «paesano», lograba torcer hacia su destino final. Que no era otro que el barrio de Santa Elena, popularmente conocido como «El Quinto», o la «República del Quinto», en las márgenes del río y de la ciudad de Luján. Es que, tomada la opción de quedarse, la decisión de permanecer en Santa Elena era la consecuencia natural de la convergencia de factores estructurales, psicológicos y emocionales que los llevaba a reproducir localmente las habituales prácticas de vecinazgo, fundamento último de la trama social originaria. Claro que la consolidación de esa tendencia resistente, que renegaba obstinadamente de la asimilación lineal, si ya había sido perfilada por los varones, encontró un componente vital con la llegada de las mujeres. Comprobación última que nos lleva a postular, finalmente, que en ellas residió el núcleo esencial de la identidad comunitaria, que si se exteriorizaba por los hombres encontraba en ellas el verdadero factor que, menos pomposamente si se quiere, tejía la sutil trama cotidiana en donde descansaba la reproducción de las redes y la cultura *arbëresh*.

La identidad comunitaria como emergente de la sociabilidad femenina

Resultaría inútil destacar el papel de las mujeres como elemento posibilitador para el despliegue de las estrategias inmigrantes. Ya hemos visto

como, si estas fueron posibles, en el caso de los ítalo-albaneses, esto lo fue sobre todo porque las mujeres que permanecieron en el origen asumieron el rol de jefes de familia, padres, madres, administradoras y, contrariando muchos de los supuestos clásicos de la sociología del trabajo, que concibe a ese ámbito como propio del universo masculino, como encargadas de sus propias parcelas y por ende miembros de pleno derecho de las clases trabajadoras. Una constatación, por otra parte, que no se limita a su papel como mano de obra "oculta" en las explotaciones familiares, que es muy importante, sino también como partícipes activas del mercado de trabajo, que mediante la compulsa de las cédulas censales de 1869 y 1895 permite observar como las extranjeras se desempeñaron en los más diversos oficios, no sólo en aquellos considerados como habitualmente femeninos, como los de costureras, planchadoras, cocineras, lavanderas, mucamas o sirvientas, sino en otros más comúnmente entendidos como propios de los hombres, como jornaleras, peones, agricultoras, obreras y hasta en la conducción jerárquica de emprendimientos, que ilustran los casos de las estancieras en el campo, o de las comerciantes de la ciudad. Esto no quiere decir que la división sexual de las funciones y los espacios no exista, y menos en una comunidad como la ítalo-albanesa tan tajante en ese aspecto, sino que su significado es mucho más ambiguo de lo que habitualmente se cree. Por ejemplo, existe un espacio dentro de la comunidad albanesa reservado para el trabajo de la mujer y que es admitido como tal: es el que se ejerce en el hogar, puertas adentro, ya sea como costureras, planchadoras, zurcidoras, para allegar recursos adicionales al sostén de las precarias economías de las familias, aunque hay otro tan importante como ese, pero que no se contabiliza como tal, pese a que de él depende la funcionalidad misma de las redes. Es que si un cuidado tuvieron las familias, teniendo en cuenta el carácter estacional del trabajo de los hombres, y máxime teniendo en cuenta que habitaron una zona recientemente poblada, fue de comprar lotes lo suficientemente grandes como para poder instalar quintas, pequeñas explotaciones como en Italia, de modo de poder garantizar la susbsistencia y produciendo pequeños excedentes para colocar en el mercado urbano. Pero cuando los hombres eran llamados en masa para las labores de campo, el mundo de las quintas se convierte en el ámbito del trabajo de la mujer, aunque sería mentira si dijéramos que no lo era antes pues, aún en presencia del marido, los testimonios indican que todos, incluyendo a los hijos, se desempeñaban cotidianamente en el lugar. El trabajo femenino, sin embargo, no se agotaba en ese aspecto sino que a veces, por necesidad, asumían encargarse de las ventas. A las hijas solteras se les permitía trabajar fuera del hogar, en las fábricas, particularmente luego de 1920, mientras que otras, de padres mejor integrados, alcanzaron a "cruzar el puente", desempeñándose en tareas de magisterio.

No era este, no obstante, el mundo de las mujeres albanesas, cuya vida transcurría en «su barrio» y con «su gente». Ellas eran el sostén esencial del funcionamiento de las redes. Mediante la preservación del idioma, por ejemplo pues, los testimonios son coincidentes, en los hogares en que ambos padres eran albaneses, no se hablaba otra cosa que el arbëresh; cumpliendo los hombres, en ese contexto, un cierto papel disruptor, porque su trabajo «afuera» los obligaba a

contactarse con otra gente que hablaba otro idioma, y sobre todo los hijos por la influencia de la escuela. Pero las mujeres eran, y aún son, el bastión último de la resistencia. Un curso de albanés, hace dos años, dictado en Luján por cuenta y cargo de la Embajada de Albania, y al que asistieron sólo mujeres, sirvió para descubrir que la lengua que se habla aquí es una modalidad arcaica y aún más pura, con giros idiomáticos extintos, que la que se usa en la misma república de los Balcanes. Pero no sólo eso, sino que también fueron el basamento de la preservación de las tradiciones, mediante sus sistemas de visitas y de intercambios que son los que explican la perdurabilidad de las alianzas y de las redes.

No extrañará entonces si decimos que, según la muestra que pudimos recabar en el Registro Civil hasta 1920, la mitad de los ítalo-albaneses que contraían matrimonio aquí lo hacían con otros ítalo-albaneses, mientras que otro 10 por ciento lo hicieron con miembros de su comunidad, argentinos hijos de ítalo-albaneses la mayoría residentes en Santa Elena, un 7 por ciento con cosentinos de otras comunas cercanas, como Bocchigliero o Plataci (esta última de habla albanesa), el 19 por ciento con argentinos (el 13 por ciento hijos de italianos) y el resto con miembros de otras nacionalidades. Como podemos ver, la influencia de las redes sociales, y de las mujeres, se transmite en todo, incluyendo los hábitos alimenticios, en las celebraciones y hasta en la preservación de las formas simples de religiosidad popular, que recuerdan hasta en los más mínimos detalles con asombrosa puntillosidad, y que los hombres callan o menosprecian por temor de ser tildados de supersticiosos, pero que tuvieron resultados tan contundentes como la de promover acciones para la creación del templo de San Demetrio, que ellos mismos levantaron con sus manos en tierras de la curia local en 1980, y en donde todos los años celebran la fiesta del santo patrono con el mismo organigrama y modalidad que en el «paese». Aunque cuando sintieron amenazada su «identidad», en su parroquia, por las imposiciones de que eran objeto por parte del elemento local, por ser católicos pero de rito greco-bizantino, dieron una respuesta lapidaria al traer de Italia en 1992 y entronizar a la imagen de San Atanasio, el patrono de Santa Sofía, en el altar de la capilla de Santa Elena. Pero, ¿qué podría significar ese volver al viejo barrio, en donde por otra parte continúa viviendo la mayoría, si bien muchos de la oleada de posguerra se trasladaron a la ciudad?. ¿Es una reivindicación del derecho de ser distintos en el seno de una sociedad discriminatoria y mucho más hipócrita en el respeto de los demás de lo que habitualmente se admite?. ¿Es acaso una nueva etapa de ese proceso de «reinvención» de su identidad en el que se han visto constantemente comprometidos y que ahora adquiere un carácter más decididamente cultural si se quiere, dada la presencia de una base social cada vez más raleada por la reorientación de las redes?. ¿Es un último grito desesperado antes de ahogarse definitivamente en el mar del olvido?. Todo es posible. Lo que es seguro es que es un llamado de atención para nosotros, los historiadores, sobre la naturaleza dinámica y no necesariamente sincrónica de los procesos que habitualmente estudiamos y sobre la necesidad de propiciar perspectivas cada vez más inclusivas que restituyan su voz a los actores, como los inmigrantes y las mujeres, que hasta

ayer eran, como tantos otros, verdaderos marginados de la historia.

Notas

[1] La frase pertenece a Fernando J. Devoto (1988), "Las cadenas migratorias italianas: algunas reflexiones a la luz del caso argentino" en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 3, nº 8, CEMLA, pp. 103-123.

[2] Tal como surge de algunas de las más conocidas definiciones del concepto de cadena migratoria. Al respecto, de John y Leatrice MacDonald (1964), "Chain Migration, ethnic neighorhood and social networks" en *The Milbank Memorial Fund Quarterly* (XLII), 1,o de Charles A. Price (1983), *Southern Europeans in Australia*, Melbourne, Sidney, y de Samuel L. Baily (1985), "La cadena migratoria de los italianos a la Argentina: el caso de los agnoneses y siroleses" en Fernando Devoto y Gianfausto Rosoli (comp), *La inmigración italiana a la Argentina*, Bs. As, Biblos.

[3] Para algunos ejemplos de esas posiciones críticas de Fredric Jameson y Slavoj Zizek (1998), *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, México, Paidós.

[4] Para algunos ejemplos véase de José Luis Moreno y María C. Cacopardo (1984), "La emigración italiana a la Argentina, 1880-1930. Las regiones de origen y el fenómeno del retorno" en *Cuadernos de Historia Regional*, vol. 1,nº 1, 1984.

[5] Tal es la perspectiva que propone S. L. Baily (1992) en "The village outward approach to the study of social networks: A case study of the agnonesi diaspora abroad, 1885-1989" en *Studi Emigrazione*, año XXIX, nº 105, Roma, CSER.

[6] Gino Germani, (1968) *Política y sociedad en una época de transición*, Bs. As, 1968 y *Sociología de la modernización*, Bs. As, Paidós. Para un análisis de la obra de Germani véase Raúl Jorrat y Ruth Sautu (comp) (1992), *Después de Germani. Exploraciones sobre la estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Paidós.

[7] Para algunos ejemplos de ese auge véase, además del volumen colectivo dedicado al tema en el número 8 de *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, algunos trabajos como los de Eduardo Ciafardo (1991), "Cadenas migratorias y emigración italiana. Reflexiones a partir de la correspondencia de dos inmigrantes italianos en Argentina, 1921-1938" en *Studi Emigrazione*, año XXVIII, nº 102, CSER; F. J. Devoto, Fernando (1991), "Algo más sobre las cadenas migratorias de los italianos a la Argentina" en Estudios *Migratorios Latinoamericanos*, año 6, nº 19, CEMLA y Dedier N. Marquiegui (1992), "*Las cadenas migratorias de los españoles a la Argentina. El caso de los sorianos de Luján*" en *Studi Emigrazione*, Roma, anno XIX, nº 105, CSER.

[8] Dos de los principales volúmenes publicados sobre el tema de las redes sociales en Argentina son las compilaciones a cargo de Gianfausto Rosoli, (1993), *Identità delli italiani in Argentina. Reti sociali, famiglia e lavoro*, Roma, Studium y María Bjerg y Hernán Otero, (comp)(1995), *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, Tandil, IHES. La mayoría de los trabajos realizados sobre la materia en el país se inscriben en la línea del social networks británico, herederos de la tradición de Gluckman, y que cuenta por principales referentes a los trabajos de Elizabeth Boot (1971), *Family and social network: Roles, Norms and External Relations in Urban Families*, London, Tavistock ; Clyde Mitchell, (1969), *Social networks in urban situations*, Manchester, Manchester University Press1969 y John Barnes, (1972) *Social Network*, Cambridge, Cambridge University Press.

[9] Mirtha Z. Lobato (1984), "Los obreros en la industria frigorífica" en Diego Armus (comp), *Sectores populares y vida urbana*, Bs. As, Sudamericana; Mariela G. Ceva (1991),

"Movilidad social y espacial en tres grupos inmigrantes durante el período entreguerras. Un análisis a partir de los archivos de fábrica" en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 6, nº 19, CEMLA.

[10] María Inés Barbero (1989) "Grupos empresarios, intercambio comercial e inversiones italianas a la Argentina. El caso de Pirelli, 1910-1920" en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 5, nº 15/16,, CEMLA. De esa misma autora y Susana Felder, "El rol de los italianos en el nacimiento y desarrollo de las asociaciones empresarias en la Argentina" en F. J. Devoto, y G Rosoli, comp, 1988, *L'Italia nella società argentina*, Roma, CSER.

[11] Aunque, a veces, la utilización del término, que no es lo mismo desde luego que «gheto», parece justificarse. Para algunos ejemplos, S. L. Baily.(1985), "Patrones de residencia de los italianos en Buenos Aires y Nueva York, 180-1914" en Estudios Migratorios Latinoamericanos, año 1, nº 1, CEMLA; F. J. Devoto (1989), "Los orígenes de un barrio italiano en Buenos Aires a mediados del siglo XIX" en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. «Emilio Ravignani»*, serie III, año 1, nº 1, FFyL UBA y D. N. Marquiegui (1996), *El barrio de los italianos. Los ítalo-albaneses de Luján y los orígenes de Santa Elena,* Luján, L. De Mayo. Por otra parte, no es una sorpresa que en los denominados «barrios étnicos» no vivan solamente inmigrantes (¿o acaso sólo viven empleados fabriles en los llamados «barrios obreros» sin que por ello nadie cuestione la pertinencia del término?). Para algunas precisiones conceptuales de Robert Harney y Vicenza Scarpaci (1981), *Little Italies in North America*, Toronto, Multiculrtural History Society of Ontario..

[12] Kathleen Neil Conzen, David Gerber, Ewa Morawska, George Pozzetta y Rudolph Vecoli,(1988) "The Invention on Ethnicity: Una Lettura Americana" en *Altreitalie,* año II, nº 3, y .Werner Sollors (1988), *The invention of Ethicity,* New York, New York University Press. Sobre la forma en que las identidades culturales pueden volverse socialmente operativas de D.N. Marquiegui (1992), "Revisando el debate en torno a la conducta matrimonial de los extranjeros. Un estudio a partir del caso de españoles y franceses en Luján, 1880-1920" en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 7, nº 20, CEMLA.

[13] John Higham (1978), *Ethnic leadership in America*, Baltimore & London, Johns Hopkins University Press; R. Harney y V. Scarpaci (1981), *Little Italies in North America*, Toronto, Multicultural History Society of Ontario.

[14] Jeremy Boissevain (1973) *Friends or friends. Networks, Manipulators and Coalitions*, Oxford, Oxford University Press. Desde el punto de vista de los estudios migratorios Robert Harney (1984), *Dalla frontiera alle little Italies, gli italiani in Canada*, Roma, Bonacci Ed.

[15] Sería largo y seguramente tedioso para el lector no especializado realizar una lista de la mucha y excelente producción aportada en el tema de la conducta matrimonial, el asociacionismo y la participación política de los extranjeros. Para eso remitimos al puntilloso balance de F. J Devoto (1992), "Del crisol de razas al pluralismo: treinta años de historiografía sobre las migraciones europeas a la Argentina" en, del mismo autor, *Movimientos migratorios: historiografía y problemas*, Buenos Aires, CEAL. Para otros estados de la cuestión, Diego Armus (1986), "Diez años de historiografía sobre la inmigración masiva" en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 2, nº 4, CEMLA, Marcelo Borges (1983), "Inmigración y asimilación en Argentina. Un enfoque historiográfico", en *Anuario del IEHS* Nº 3, Tandil, Unicen e Hilda Sábato (1990), "El pluralismo cultural en Argentina: un balance crítico" en *Comité Internacional de Ciencias Históricas, Comité argentino, Historiografía argentina (1958-1988)*, Bs. As, Comité Int. De Ciencias Históricas, Comité Argentino.

Entre los escasos ejemplos de este tipo de abordajes, propiciados desde los estudios migratorios pueden contarse los trabajos de Betty Caroll, Robert Harney y Lidio Tomasi (1978), *The Italian Inmigrant women in North America,* Toronto, Multicultural History Society of Ontario; Jean Burnet (1986), *Looking into my sister's eyes: an exploration in womwn's history,* Toronto, Multicultural Society of Ontario; Royden Loewen (1995)"Trigo, mujeres, cosmovisiones: la historia social y los menomitas en el oeste de Canadá y de los Estados Unidos, 1850-1875" *en Estudios Migratorios Latinoamericanos,* año 10, nº 31, CEMLA; Donna Gabaccia (1996), "El censo de los Estados Unidos: ¿Fuente para una historia internacional de mujeres inmigrantes, familia y género?" en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año, 11 nº 33, CEMLA. De esa misma autora (1995), *From the Other Side: Women and Gender in Inmigrant Life,* Bloomington, Indiana University Press y de Gabriela Sarrible (1998), "La mujer en la legislación española" *en Estudios Migratorios Latinoamericanos,* año 13, nº 39, CEMLA; .Para nuestro país, de Jorge Balán, (1990), *"La economía doméstica y las diferencias entre los sexos en las migraciones internacionales: un estudio sobre el caso de Los bolivianos en la Argentina" en Estudios Migratorios Latinoamericanos,* año 5, nº 15/16, CEMLA y de Romolo Gandolfo (1992)."Del Alto Molise al centro de Buenos Aires: las mujeres agnonesas y la primera emigración trasatlántica" en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 7, nº 20, CEMLA.

[17] Sobre los ítalo-albaneses de Luján véase de D. N. Marquiegui (1988) "Aproximación al estudio de la inmigración ítalo-albanesa en Luján" *en Estudios Migratorios Latinoamericanos,* año 3, nº 8, CEMLA, pp. 51-81; *"Reti sociali, solidarietà etnica e identità. L'impatto delle catene italo-albanesi a Luján"* en Gianfausto Rosoli, a cura di, (1993) *Identità degli Italiani in Argentina. Reti sociali, famiglia e lavoro,* Roma, Studium; "Migración en cadenas, redes sociales y movilidad. Reflexiones a partir de los casos de los sorianos y albaneses de Luján, Buenos Aires, Argentina, 1889-1920" en *EIAL. Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (1994) vol. 5, nº 1, Aranne School of History, Unniversidad de Tel Aviv y "Gli italo-albanesi di Luján: vecchie abbitudini in una nuova casa" en Antonino Denisi (1996), La mobilità internazionale e le nuove sfide alla società italiana, Cattanzaro, Rubbettino Editore.

[18] Franc Sturino (1990) *Forging the Chain. Italian Migration to North America, 1880-1930,* Toronto, Multicultural Society of Ontario. De ese mismo autor (1988) "Emigración italiana: reconsideración de los eslabones de la cadena migratoria" *en Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 3, nº 8, CEMLA.

[19] Al respecto véase de Dedier Norberto Marquiegui y Mónica Fernández (1998), "Convergencias: las etapas del proceso de urbanización en una ciudad antigua de la provincia de Buenos Aires. El caso de Luján (República Argentina). Siglos XVIII a XX" en *Revista de Historia de América*, nº 123, México D.F, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

[20] Archivo del Complejo Museográfico Enrique Udaondo, *Copiador de cartas, 1904-1910,* fs. 397-399.

[21] *La Verdad*, 08/09/1887.

[22] En *La Opinión*, del 29 de noviembre de 1908 se afirmaba, por ejemplo, sobre las escuelas italianas "... sostenemos que esa escuela está en pugna con nuestra nacionalidad y todos los argentinos deben ir a nuestras escuelas y aprender primero y ante todo a amar a su única Patria, la Patria Argentina".

[23] Para la formación de un archivo e historia oral de los ítalo-albaneses, sobre el cual estamos trabajando en la actualidad en CONICET, hemos venido realizando desde hace

años una serie de entrevistas, que incluyen a inmigrantes fallecidos, y reentrevistas, en los casos que hayan aportado mayor riqueza de datos las que, hoy en día, rondan bastante más de medio centenar de cintas a las que hemos sistemáticamente usado en la reconstrucción que venimos a encarar de aquí en más pero, por razones de espacio, no podemos citar en todos los casos que las hemos utilizado, como sucedió con la bibliografía. En tren de aludir algunas mencionaremos aquí: Entrevista a Simón Baffa, Luján, 26/01/1987; Entrevista a Pablo Tocci, Luján, 27/1/1987; Entrevista a Antonio Luzzi, Luján, 27/01/1987; Entrevistas a Herminia Vocaturo, Luján, 28/01/1987 y 10/02/2000; Entrevistas a Adela Luzzi, Luján, 29/01/1987;y 15/02/2000 Entrevistas a Angel Masci, Luján, 2/02/1987, 11/10/1991 y 4/03/2000; Entrevista a Lucas Ritacco, Luján, 9/02/1987, Entrevista a Basilio Cadícamo, Luján, 4/02/1987; Entrevista a Roberto Demarco, Luján, 8/02/1987; Entrevista a Ana María Canadé de Gianice, Demetrio, Ida Gianice y grupo familiar, Luján, 12/10/1991; Entrevistas a Francisca Sicca, Luján, 17/10/1991 y 11/03/2000; Entrevistas a Antonia Canadé de Fabricatore, Luján, 27/10/1991 y 15/04/2000; Entrevista a Teresa Panza de Lifrieri, Luján, 20/10/1991; Entrevistas a Pascual Chinigo, 26/10/1991 y 5/04/2000. Entrevistas a Benito Miracco, Luján, 9/10/1991 y 25/04/2000. Entrevistas a Francisco Braile, Luján, 20/10/1991 y 5/04/2000. Entrevista a Demetrio Gallo, 12/04/2000.

Comentario

El artículo de Dedier Norberto Marquiegui, "Inmigración, identidad y oralidad o el retorno de las mujeres en la historiografía argentina sobre los movimientos migratorios", condensa desde su título, una serie de tendencias historiográficas perceptibles en el campo de los estudios históricos, desde el último cuarto del siglo XX.

En efecto, tal como lo evidencian las numerosas publicaciones aparecidas en medios especializados, su autor se dedica desde hace tiempo y de modo sistemático a un objeto de estudio al que aborda desde las más diversas perspectivas. Tal circunstancia, además de enriquecer sus planteos y por lo tanto sus aportes al área, refleja muy adecuadamente un estado del campo historiográfico caracterizado por la multiplicidad de líneas teóricas, metodológicas y temáticas, que lo dotan de un apreciable dinamismo.

Así, la historia del género asociada a la problemática de la construcción de identidades sociales, la recuperación de la memoria a través de las fuentes orales complementadas con las "tradicionales", el enfoque microanalítico y la variación de escala, junto con la integración de lo público con el ámbito de la privacidad y la cotidianidad , constituyen hoy los senderos historiográficos cuya productividad y riqueza hermenéutica debe ser una vez más destacada, quedando sobradamente ejemplificados a través del trabajo reseñado.

Nora Pagano

UNLu